

# Al país de las guerras

Diego Angelino

( Aura (

# Al país de las guerras

Diego Angelino

Esta edición incluye

**Sobre la tierra.**

*Prólogo: Martín Kohan*

*Imágenes: obras de Cándido López*

ANGELINO, DIEGO

Al país de las guerras / Diego Angelino ;  
prólogo de Martín Kohan ; coordinación de Paola Calabretta  
1.ª ed. - Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2019  
352 pp. ; 21 x 14 cm - (Aura. Colección Contemporánea ; 2)

ISBN: 978-950-698-452-6

1. Narrativa Argentina Contemporánea. 2. Novela  
I. Kohan, Martín, prólogo. II. Calabretta, Paola, coordinación.

CDD A863

*Prólogo:* Martín Kohan

*Coordinadora de la edición:* Paola Calabretta

*Coordinador de la colección:* Guillermo Mondejar

*Diseño:* Manuel Siri

*Fotografía del autor en solapa:* Nir Ekdesman

Las imágenes del interior y de la tapa corresponden a fragmentos de las siguientes obras de Cándido López pertenecientes a la Colección del Museo Nacional de Bellas Artes: *Asalto de la primera Columna Brasileña a Curupaytí* (1897, óleo sobre tela, 50,5 cm x 149,5 cm); *Después de la Batalla de Curupaytí* (1893, óleo sobre tela, 50,6 cm x 149,5 cm) e *Invernada del Ejército Oriental* (1866, óleo sobre tela, 50,4 cm x 150,8 cm).

© EDUNER, 2019

© Diego Angelino

© Martín Kohan

© Nir Ekdesman

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos  
Andrés Pazos 406 (E3100FHJ), Paraná, Entre Ríos, Argentina  
eduner@uner.edu.ar / www.eduner.uner.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11 723.

No está permitido la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11 723 y 25 446.

Editado e impreso en Argentina.

## Índice

### 7 PRÓLOGO

*Martín Kohan*

### AL PAÍS DE LAS GUERRAS

- 31 Primera parte. La Bendición de Dios
- 103 Segunda parte. El Cortijo del Diablo
- 163 Tercera parte. La Chacrita de Dios

### SOBRE LA TIERRA

- 203 Primera parte. Sobre los campos graves
  - 291 Segunda parte. Tierno de campo, libre, oscuro
  - 325 Epílogo
- 
- 331 Esbozos para una autobiografía
- 
- 349 Principales obras del autor

Al país de las guerras

El primer Salamanca llegó a Entre Ríos en 1858, podría decirse de la mano de Urquiza, que lo había estado rastreando o campeando más o menos desde que asumió al gobierno en el 41. Por entonces, las estancias fiscales, esas enormes extensiones de campo que el General manejaba a discreción como si fuesen suyas, estaban pobladas por el ganado cimarrón que había llegado a esta parte de América traído por los conquistadores andaluces y extremeños. Animales enjutos, de poca alzada y menos carnes; más bien con demasiada cornamenta. «Guampudos» es la palabra que podría describirlos. Habían bajado de los barcos antes que los Garay y los Solís y los Pedro de Mendoza, y los que lograron sobrevivir a esa libertad —porque los conquistadores los persiguieron día y noche, sabiendo que con ellos se iban las propias posibilidades de supervivencia en esa desconocida y desafiada inmensidad— se fueron para los cuatro rumbos, de aguada en aguada, de pastizal en pastizal, de cerro en cerro, ruscándose cada vez más y enmagreciendo siempre en esa trashumancia, como si ya se tratara de otra raza. Mejorar esa magra ganadería, engordarla y robustecerla para que diera más carne a los ejércitos y a los saladeros, y mejores cueros para la exportación, era un sueño casi obsesivo del Gobernador, que además de militar era por sobre todo un enriquecido ganadero.

Por ese entonces estaban llegando a la provincia de Buenos Aires los primeros Shorthorn y Hereford venidos de Inglaterra y los Angus de Escocia, que en pocas décadas cambiarían el perfil de esa hacienda montaraz y si se quiere desprolija, hasta volverla tan buena o mejor que la de sus progenitores europeos.

Eso en cuanto a la provincia de Buenos Aires. En Entre Ríos, Urquiza y su amigo el correntino Virasoro creían que había que volver a la matriz de ese ganado. Esto es: mejorar esos rebaños cimarrones

con los cuidados sementales que en España, y particularmente en Andalucía, se destinaban a la lidia. Qué mejor que un Miura para que estas vacas, asilvestradas y ordinarias, recobraran ese pasado lejano que seguramente debería permanecer en su genética.

No era una tarea sencilla ni para que de esa empresa se encargara cualquiera; y mucho menos los criollos, que ni siquiera se ocupaban de castrar a los novillos o de marcar a las haciendas, dado que el ganado se reproducía solo y a la buena de Dios, y no tenían dueños porque eran cimarrones. O pertenecían al Gobernador, que era dueño de los propios y de los ajenos.

Como se ve, se precisaba gente con otra cultura y otros conocimientos. Se precisaba a alguien excepcionalmente sabedor. Se precisaba un especialista.

¿Cómo se anotició Urquiza, en su aislada Entre Ríos, de que un hijo del legendario ganadero de Sevilla y de Badajoz, Félix de Fuenmayor y Salamanca, había sobrevivido a las matanzas napoleónicas y deambulaba, sin más riqueza que una mujer y una maltratada experiencia, por algún lugar de la península ibérica? Tal vez de la misma curiosa y azarosa manera como se había anoticiado y contactado con botánicos y naturalistas de fuste que no dudaron en abandonar sus carreras en Europa para avenirse a aceptar unas venturosas y aventuradas promesas.

Lo que Urquiza no sabía era que ese hijo, ahora todo un hombre, había pasado las de Caín, después de que esa suerte de imperio de la ganadería y de la crianza construido de generación en generación por sus antepasados había sido hecho trizas por los soldados de Napoleón. Durante los cinco años que los franceses estuvieron en España pusieron el esmero y la grosera obstinación como para que no quedara piedra sobre piedra. Al menos en Andalucía, y particularmente en todos los cortijos, las alquerías y dehesas que conformaban la enorme empresa ganadera La Bendición de Dios. Y fue precisamente el padre de ese por entonces jovencito, el primero en sucumbir ante los disparos de los galos, poniendo el pecho como aquel madrileño que conocemos bajo el anónimo y goyesco título de «El fusilamiento del 3 de mayo». Es ocioso decir que de su ponderada sabiduría ganadera

no fue mucho lo que alcanzó a transmitirle al hijo, que lo poco o mucho que pudo aprender lo consiguió de error en error y de fracaso en fracaso en la dolorosa escuela de los pobres.

Porque poco y nada quedaba de La Bendición de Dios. Los soldados franceses, después de matar a todos los españoles que ofrecieron alguna resistencia, y no ya como usurpadores ni vencedores sino simplemente como quien ejerce la venganza y el odio, destrozaron todo lo que había para destrozarlo, de manera que de las dehesas y las alquerías y los cortijos no quedó mayormente nada: ni los corrales ni las mangas ni las aguadas; talaron los olivos que daban las olivas para hacer el aceite y daban la sombra para los animales, y talaron las encinas que además de la sombra para los animales daban las bellotas que engordarían a los cerdos, que representaban y prometían «la matanza» o «el sanmartín»: los jamones y las chacinas y los tocinos. Esto es: durante un año, prácticamente en todos los hogares de España, el salvoconducto contra el hambre.

Esos soldados, antes de comerse las vacas y los novillos y los cerdos y las ovejas, sacrificaron y comieron a los toros de lidia; y aquí sacrificar tiene el sentido exacto de inmolar, pero no para los dioses sino para los demonios. Esos toros de lidia, esos Miura destinados por lo menos a una muerte heroica en las arenas de una Plaza, sucumbían ante el marrón o ante las balas de los novedosos fusiles de los invasores, para ser inmediatamente despedazados, casi en vida o en vida, por una soldadesca que no tenía otro mérito que el hambre. Porque, después de todo, estos extranjeros lo único que ganaban en esa guerra —como en todas las guerras— era apenas el sufrimiento y el horror. De las violaciones y de los estupros no se va a hablar aquí; y no por un merecido y respetuoso silencio sino porque son los infaltables colores en la paleta de la guerra. Y porque enseguida, y con autoridad, una mujer contará o insinuará lo suyo.

Félix Segundo Salamanca, desde joven, se había suprimido la alcurnia que conlleva «de Fuenmayor», y no porque Napoleón estableciera la abolición de los derechos señoriales, sino porque eso se avenía con su propia sencillez, a la vez que se compadecía con la



evidente decadencia de su familia. Muerto el padre, y enseguida la madre que enfermó por no poder soportar esa viudez, quedó en esa doble orfandad que es la peor de todas, y sin hermanos ni parientes cercanos que le dieran alguna compañía.

Finalmente, un tío lejano que, gracias a ser complaciente con los invasores, había conservado toda su fortuna, lo admitió como peón, y de esa manera pudo aprender todo lo que su padre no había alcanzado a enseñarle. Con el tiempo, y pese a su juventud, llegaría a ser sobrestante en las haciendas de su tío, pero sin más destino que un sueldo y un trato tal vez más riguroso que el de un empleado común.

—¡Porque los Salamanca somos hijos del rigor! —se complacía en recordarle su tío.

Su orfandad había sido dolorosa y lastimera. El Juez le designó un Tutor que dentro de todo no era lo peor que podía haberle sucedido, ya que este hombre era su maestro de escuela y había sido el maestro de muchos alumnos hijos de los peones y empleados de La Bendición de Dios. Pero quizás porque sus ocupaciones eran muchas, y porque el hombre no entendía nada de negocios, su Señoría designó un Curador para que se hiciera cargo de todo ese enorme patrimonio; bienes innumerables y al momento ociosos, pero que aún así conformaban una enorme fortuna. Su amistad con el Juez lo eximió al Curador de cumplir las obligaciones para con el Defensor Oficial del tutelado. Defensor que nunca existió, porque ni el juez ni nadie se preocupó porque existiera. De manera que cuando, con la mayoría de edad, llegó la emancipación de Félix Segundo Salamanca, las dehesas despobladas por los napoleónicos no sólo no habían recuperado el ganado, sino que mayormente habían pasado a otros dueños; los mejores campos, sobre todo, quedando todavía sin vender los que prácticamente no servían para nada. Y esto tal vez porque la mayoría de edad del legítimo dueño se había apresurado a llegar, y gracias a ello se salvó lo único que permanecía de aquel lejano patrimonio. El Juez, mientras tanto, había muerto. Y del Curador, ni noticias. Y ninguna Rendición de Cuentas.

Cuando aquel tío se enteró de la existencia del lejano sobrino, se le ocurrió que podía ser el hijo que no había podido tener, y el heredero de Los Toros de Utrera. Después de todo, así como las viudas o las mujeres que no tenían descendencia dejaban sus herencias a la Iglesia como una cuota anticipada para comprar la salvación, a los hombres los atormentaba que sus bienes, al no haber herederos, fueran a parar a un fisco al que habían tratado de eludir y de engañar toda la vida. Este Salamanca que no había tenido hijos se había casado con una mujer casi tan rica como él, y de una de las más empingorotadas familias de Sevilla. Basta con decir que los había casado un arzobispo. Y pese a esa sacralidad, y a que su apellido estaba tallado en una de las primeras filas de bancos de la catedral, un día, de la noche a la mañana, la beata y devota mujer se había ido con un timador de poca monta, un gitanillo que aparentemente su único mérito era su juventud y algún virtuosismo para el canto y el baile; y para enamorar a las mujeres, ni hace falta decirlo. Ni el marido, ni los conocidos, ni nadie en Sevilla podría aclarar cómo se habían conocido, cómo había ido prosperando ese amor, ni hacia dónde se fueron los tórtolos. No faltó quien dijera que se los había visto por las soledades de Doñana, o vagando por la larga y desolada playa de La Barrosa. O en el mismo Cádiz, en las cercanías del puerto, como a punto de embarcarse vaya a saber adónde; y alguno hasta juró haber visto a la pobre mujer —porque en eso se había convertido— vendiendo cazuelas de rabo de toro a pocos metros de las arenas del ruedo de Jerez de la Frontera. Probablemente, puras habladurías que no interesan mayormente. Lo que le importa a esta historia es que este señor Salamanca quedó desavenido con el mundo. En realidad, ya lo estaba; y eso sin duda podría haberlo ponderado, en primer lugar, la recatada y fiel esposa, que era la que más lo había conocido y más lo había sufrido.

El día que supo que había un heredero rondando por Andalucía, salió a buscarlo. Aun cuando no fuera heredero forzoso —no descendía directamente de él—, lo sería por consanguinidad. Y qué mejor que un heredero para confiar en él, mandarlo y rigorearlo por unos pocos duros. Después de todo, se trataba de alguien que le debería agradecimiento de por vida.

A perro flaco, todo son pulgas. Cuando él le pidió a su tío una mínima ganadería en préstamo —un par de toros y medio centenar de vacas—, el tío le contestó con la burda metáfora de que el único trabajo que se empieza por arriba es el de cavador de zanjas. Y que los Salamanca no estaban ni para pedir ni mucho menos para dar.

—¡Y a servir, que para eso estamos!

Para eso estuvo Félix Segundo Salamanca hasta algunos años más tarde, cuando lució el dudoso cargo de sobrestante, un escalón apenas por encima de capataz. Más precisamente, hasta que conoció y se enamoró y consiguió que una muchacha andaluza, surgida de la mendicidad, se enamorara de él; surgida, viviendo, y seguramente destinada a la mendicidad. Para el hombre —porque para entonces Félix Segundo ya era todo un hombre— fue verla y, como humilde ofrenda a su desarrapada belleza, regalarle un pan. Y como para certificar que no era un mendrugo, cortó el pan en dos y se comió la mitad. La mujer tomó la otra mitad, y con elocuente desprecio se lo tiró a las palomas que mendigaban en la plaza Mayor. El hombre espantó a las palomas, y después, sin hambre, con obstinación, casi como con una calculada benevolencia, se comió la mitad rescatada. La muchacha lo miró con extrañeza, con estupor, y salió corriendo.

La próxima vez que se cruzaron ella llevaba un pan bajo el brazo, como quien porta una encomienda que no se ha entregado, que lleva atraso, y que el tiempo —el sudor y los días— ha estragado. Ella se lo entregó, sin mirar ni al pan ni a él, y el hombre lo partió y se lo comieron sentados en la plaza Mayor. En una diversión humilde y simple, ahítos de ese pan duro, sobado e incomible, lo desmigajaban y se lo tiraban a las palomas.

Su incipiente relación, o su amor, se redujo a esos dominicales e inocentes encuentros. Un pan, un silencio recíproco, y las palomas de la plaza Mayor que, de tan familiares y amistosas, bosteaban sobre los bancos y sobre sus ropas.

—No soy de mentar la soga en casa del ahorcado —dijo ambiguamente él, domingos más tarde, después de que los dos se sumieran en un aturdido silencio.

—No sé qué es lo que quiere decir —dijo ella sin tutearlo. En realidad no lo tutearía nunca.

—Quiero decir... —balbuceó, sin poder aclarar nada mayormente. Para decir enseguida con firmeza:

—Me refiero a tu pasado... Si es que hay algo que me puedas contar.

—¿Yo sería el ahorcado? —preguntó ella con una sorna que sólo la calle —de Andalucía o de cualquier lugar del mundo— puede enseñar.

—De alguna manera, todos somos «el ahorcado» —dijo él, en una disculpa ineficaz y torpe.

—Alguna cosa le puedo decir. Pero saberla no sirve para nada —dijo Encarna, porque a esta altura todos la saludaban así.

—Fue con la ocupación —dijo, y se quedó en silencio, como si se hubiera arrepentido.

—Yo tenía una familia —comentó, como quien mencionara una excepción—. Mis padres. Dos hermanas. Dos hermanos.

—A los hombres los acribillaron a los tres.

—¿Y las mujeres? —intentó ayudar él.

—Las mujeres éramos culpables de ser mujeres: de ser gitanas si eran gitanas, de ser judías si eran sefardíes, y de ser payas si éramos payas.

—Sé que primero hicieron pasar a mi madre. Que ella no gritó. Apenas si escucharon sus apagados sollozos. Después, una a una, pasaron mis hermanas. Ya eran grandes, y posiblemente conocían a los hombres. Pero igual las oyeron gritar. Todo esto dicho por mi madrina.

—¿Y tú?

—Yo sólo tenía un año. Lo mío fue más tarde. Y de eso no hay nada para hablar. ¡Y si nos vamos a seguir viendo no vuelva a preguntarme nada!

Y se abstuvo de decirle que antes de que llegara él, cada vez que se le acercaba un hombre, escupía un gargajo. No al hombre, claro, pero sí a la tierra que lo había parido.

Por entonces Encarnación no tenía domicilio fijo. Mientras el benigno clima de Andalucía se lo permitía, solía hospedarse en los

portales de las iglesias o en los claustros de las congregaciones que abundaban y aún abundan en Sevilla, Córdoba o Granada. Y en los inviernos era acogida casi como un miembro seglar en los conventos de las Carmelitas Descalzas. La invitada no agradecía con rezos o alabanzas al Señor, sino con canciones paganas que entonaba con hermosa voz, y que las monjas se permitían como un benigno y tolerable pecado. Hasta festejaban el heterodoxo humor de la muchacha:

—El día que nadie me dé más limosnas, me hago monja. ¡Resérvenme un lugar!

Algo que no sucedió: aquel domingo en que su novio —de alguna manera hay que llamarlo— no quiso mentar la sogá en casa del ahorcado, sin preámbulos y sin preguntas, simplemente caminando entrelazados y juntos, se fueron a vivir a una añosa casa de los antepasados que Salamanca había conseguido rescatar, en las afueras de Sevilla, y que milagrosamente seguía en pie, piedra sobre piedra. Y ahí se quedaron, por si fuera necesario decirlo, sin ninguna boda civil o religiosa.

Salvo el trabajo y el apellido y ese lejano parentesco, al sobrino y al tío no los unía nada. Y para decirlo suavemente, el hombre mayor era una de esas personas que no se dejan querer. O que hacen lo imposible para que no se las quiera. Esta gente abunda, por lo que no hace falta decir nada sobre ellos. Y esta vez, contra lo que dice el dicho, lo que abunda daña.

A la felicidad de haber conocido a Encarnación, se oponía la dificultad de decírselo a su tío. Quizás por aquello de que no hay peor astilla que la del mismo palo. Sin sentirse obligado ni por el apellido ni por el parentesco, Félix Segundo se sentía, si se quiere, obligado para con el patrón. Presentarle a la muchacha era mucho decir, pero sí al menos hacerle saber que se habían juntado.

Por más que le daba vueltas al asunto, Félix Segundo no encontraba ni las ganas ni la oportunidad. Por suerte para él, en el momento menos pensado y en medio de una charla intrascendente sobre un trabajo rutinario, el patrón dijo:

—... Y sin que esto venga a cuento, me han dicho que te han visto con una pordiosera. Lo único que falta es que te lées con una cualquiera de la calle.

Félix Segundo Salamanca no se perdonaría nunca no haber sacado el cuchillo que, como el hombre de campo que era, llevaba a la cintura como quien lleva no un arma, sino una herramienta. Esa herramienta le habría permitido arreglar definitivamente las cuentas con ese hombre con el que lo único que compartía era el apellido. Un hombre cruel y miserable, cuya muerte nadie la hubiera padecido. El lejano sobrino no podría saber nunca si tuvo miedo de matar o miedo de dejar sola a esa criatura que ahora compartía su vida. Y si eso era miedo o era cobardía. El hecho es que dejó de escuchar a ese hombre. Se dio vuelta y se alejó sin tomarse el trabajo de cerrar esa puerta. No sin antes decir:

—Yo era muy niño, pero recuerdo que en la familia, mi padre y algunos tíos se referían a alguien de la parentela al que llamaban «Vómito Podrido». Nunca lo nombraron ni dijeron qué significaba. Ahora sé que se referían a usted. Y lo comprendo todo.

A ese pariente no lo volvería a ver en su vida. La última relación que tendría con él sería casi epistolar, ya que el hacendado, con un adiós a su manera literario, junto al sueldo que le debía a su empleado y como una admonición, le decía en una esquela

—«No hace falta el que se va,  
ni estorba el que viene.»

Félix Segundo Salamanca le devolvió al mensajero el dinero junto a un escueto mensaje:

—¡Dígale a ese señor que se meta estos dineros en el culo!

Su orgullo, tan español, había quedado satisfecho. Pero ahora venía, a continuación, ocuparse de sobrevivir, lo que no era moco de pavo: sin trabajo, y con bienes si se quiere dudosos. Los campos que quedaban sin vender de La Bendición de Dios, las alquerías y los cortijos y las dehesas que, de tan pobres, el Curador no había conseguido negociar, eran heredades que los árabes habían entregado a los castellanos sin luchar, porque ni siquiera merecían unas muertes. Y si los Salamanca las habían adquirido debió ser por el cobro de una

deuda. Apenas si servían como veranadas; esto es: campos adonde se llevaba el ganado para que ramoneara esos pastos que milagrosamente habían crecido una vez pasada la primavera. Y ni siquiera podía pensarse en desarrollar allí una ganadería, porque esas tierras estaban unas en Badajoz, otras en las sierras de Aracena, otras en los empinados faldeos orientales de la sierra Morena, cuando no en las marismas del Guadalquivir. Su dueño, más que venderlas, las liquidó por lo que le dieron. Y ni aún vendiéndolas bien hubiera conseguido como para comprar un pedazo de tierra que valiera la pena. Al menos en España. Porque, bien mirado y ahí nomás, a tiro de fusil, estaba Portugal.

Ahí nomás es una manera de decir: había que atravesar Sevilla, y después la provincia de Huelva, hasta encontrarse con el río Guadiana que hacía de frontera. Encarnación, en sus versátiles y libres correrías, había llegado alguna vez hasta Ayamonte, sin atreverse a cruzar a Portugal. Salamanca sí lo había hecho un par de veces llevando las vacadas y los toros que su pariente vendía a los «açougueiros» de Faro que carneaban para todo el Algarve.

Sí, ahí estaba Portugal. Desde las calles de Ayamonte se veía la suave elevación donde se levantaba el castillo de Castro Marín, y desde los torreones y murallas del castillo se perdían a lo lejos las marismas y esteros que rodean a Ayamonte hacia Huelva y el Mediterráneo.

No había —nunca hubo— mucho amor entre españoles y portugueses. Pero había una innegable vecindad. Y aquello que inevitablemente nos sucede con la vereda de enfrente: es más soleada a la vez que parece más fresca, y seguro que debe tener encantos mayores y desconocidos. Ni Encarnación ni Salamanca sabrían nunca de quién nació la idea. Posiblemente de los dos y al unísono, como sucede con frecuencia en las parejas.

—¿Por qué no Portugal? —dirían a la vez, rubricando la coincidencia con una risotada.

El tema era una curiosa disyuntiva: si Salamanca compraba algún campo en Portugal, no daba para comprar en España una ganadería para poblar ese campo. Y el Alentejo —que es la vecindad lusitana de

Andalucía—, desde la eternidad —desde antes de los romanos—, ha sido siempre agrícola.

Sumando los sueldos que sí había cobrado y ahorrado casi enteramente, más lo poco que dieron los miserables campos mal vendidos, podría comprar tres toros y cien vacas, y quedarse con algún dinero como para sobrevivir. Sólo faltaba que el pasto y el pienso llovieran desde el cielo.

Y fue el azar, como sucede tantas veces, el que arregló los tantos. El azar y las visitas que ahora y de vez en cuando, Félix Segundo hacía a alguna taberna. De vez en cuando y alentado por su mujer, que le insistía que preocuparse tanto por el futuro sólo le acarrearía enfermedades.

—Usted se toma un vino a mi salud, ¡y santas pascuas!

En todas las fronteras se habla una suerte de media lengua. Los de este lado creen entender a los vecinos de enfrente, y viceversa. En realidad, lo que sucede en las fronteras es que nadie entiende a nadie, y por eso, dentro de lo que cabe, se llevan medianamente bien.

Más o menos eso le pasó al ganadero Félix Segundo Salamanca cuando compartió unos vinos con un terrateniente portugués que tenía un campo ocioso en las cercanías de Beja.

Las tabernas, para sus feligreses, tienen una sacralidad de la que carecen las iglesias. El humo de los cigarros es muy superior al incienso, y el vino no lo consagra solamente el cura, sino todos los que lo toman. Trago a trago y cigarro a cigarro, se va espesando un clima de beatitud entre los fieles. De beatitud y de hermandad. De amistosa cofradía. En las tabernas andaluzas el segundo vaso de vino es como una credencial para la felicidad. Y empieza a perder importancia lo que se estaba hablando, porque ese tema enseguida se encadena con otros.

—Vocé entao e ganadeiro.

No resultaba fácil explicar que se es ganadero pero que todavía no se dispone de campo.

—En realidad, estoy buscando campo, porque a la hacienda ya la tengo apalabrada.



—Eu tenho ese campo. Es terra para ganadería, mais eu he sido sempre homem de labranza.

Palabra va, palabra viene, o tal vez vino va, vino viene, el recientemente diplomado ganadero había arrendado un campo de trescientas hectáreas; sin conocerlo, sin cuestionarlo, y atendiendo solamente a las ponderaciones de su dueño, nada menos que un portugués, que en el habla y en el folklore español equivale a «un fenicio». Esto es: alguien a quien solamente le interesa el dinero.

Sobre la tierra.

El destartalado carruaje emergió de una nube de polvo que todavía flotaba cuando se detuvo frente a la casa, al lado mismo del pozo que abrevaría a los sedientos caballos.

—¡Por fin! —dijo el cochero—. ¡Esta no es vida ni para los muertos! —mientras saltaba y desenganchaba y aflojaba las sudorosas cabezadas.

Nadie le respondió, ni él esperaba respuesta de esa pareja extrañamente silenciosa, que en todo el viaje no había cambiado más de diez palabras entre sí y ninguna con él, como si no entendieran el idioma. Y sin embargo, el hombre hablaba lo suficiente al menos como para tratar sin regateos el viaje, adivinando —parecía— que al menor regateo el cochero se iba a negar a aventurarse por esas leguas de desolación y polvo. El cochero había aceptado a desgano, casi haciéndoles un favor a esos pobres extranjeros engañados que no sabían dónde se metían, y ellos habían retribuido durante todo el viaje con un inmovible, desagradecido silencio.

La pareja seguía sentada cuando los caballos fueron nuevamente aparejados a la vara. El hombre saltó entonces y tendió los brazos a su mujer que seguía mirando con el mismo sosegado desconcierto hacia la casa y hacia los campos. El cochero estaba arrimando los baúles y los cajones junto a la entrada de la galería, de manera que el hombre tuvo que insistir para que su mujer descendiera. Bajó y permaneció parada, indiferente a los ladridos de los perros que se abalanzaban sobre las visitas.

—¿No prefiere quedarse? —preguntó el hombre al cochero, ayudándolo con las últimas cajas.

—¡No! —rehusó el otro, cortante y despectivo, como si cualquier cosa fuera preferible; como si por lo pronto prefiriera mal dormir durante horas sobre el traqueteo del carro a esa hospitalidad dudosa;

porque qué podían ofrecerle ellos, si quién sabe si contaban con una miserable cama. Qué estancia era esta —sentenció para sí y definitivamente— cuyos dueños no eran recibidos más que por el ladrido hostil de sus perros.

—¡No! —repitió, montado sobre el pescante. Y de un solo latigazo abarcó las ancas encostradas por el sudor y el polvo. La mano se detuvo en el aire y esa fue la parca despedida, mientras el carro se sacudía como un viejo barco a la sirga y se internaba por ese mar de pisadas del ganado que alguna vez había sido una huella.

El carro iba perdiéndose ya, nimbado a contraluz por el último sol del crepúsculo que se filtraba y se encendía en la polvareda, y las dos altas figuras todavía tenían la mirada enfocada hacia el camino, como si al prolongar la despedida demoraran el enfrentamiento con esta desusada, sobrecogedora soledad que parecía habitar no sólo la casa sino también los campos. Permanecieron silenciosos, parados ahí mismo adonde habían descendido, hasta que no se distinguió más perfil de carro ni polvo en el aire ni sol sobre las crestas de los árboles. Al unísono volvieron la cabeza hacia la casa, despojada ahora de ese baño de irrealidad que confiere a las cosas el sol oblicuo y moribundo.

Y bien. Nada habían esperado y nada podía desilusionarlos. Pero ahora que el ruido del carro se había apagado totalmente, ahora que los perros dejaban de ladrar —silenciosos y acobardados— y nada se oponía a la posesión de la casa, continuaron aún enajenados, mirando ese alto rancho pretensiosamente largo, esas extrañas enredaderas que lo circundaban. Y el monte, visto o entrevisto a lo largo del viaje como sucesivas escenografías, erguido ahora, amenazante después de los corrales, incomprendiblemente hirsuto.

El hombre miró la línea cada vez más oscura del monte y supo que se acercaba la noche.

—Ya es tarde —dijo, y avanzó seguido por los perros desconfiados y la mujer vacilante. Recorrieron largo a largo la galería, sin decidirse por ninguna de las numerosas puertas, la última de las cuales tenía un candado y huellas en el piso de pisadas recientes. Volvieron al extremo de la galería y el hombre empujó la primera puerta que

cedió a regañadientes, hinchada sobre el marco y soldada casi en las oxidadas bisagras.

Adentro estaba tan oscuro como si hiciera rato que hubiese anochecido. Después de penar hasta encontrar una vela en los cajones cuyo contenido ni ellos mismos recordaban, alumbraron por fin un cuarto sin más mueble que un desvencijado catre de campaña, y sin otro decorado que una ventana clausurada por una gruesa tranca, enfrentada a una puerta que daba a lo que alguna vez debió ser el comedor de la casa. Esta habitación enorme y vacía se comunicaba a través del vano de una puerta inexistente. Estas puertas y un común e inmemorial abandono ligaban esa ala de la casa que alcanzaron a reconocer.

Tarde en la noche terminaron de acarrear cajones y baúles que desordenadamente quedaron diseminados en la cocina y en la pieza que sería el dormitorio, ya que ahí estaba el catre y no estaba en los ánimos de ellos venir a alterar —a esta altura— esas minucias del destino.

## Principales obras del autor

### Novelas

*Al sur del sur*. Inédita. Recomendada en el premio América Latina organizado en 1973 por el diario *La Opinión* y la Editorial Sudamericana, con Juan Carlos Onetti, Julio Cortázar y Rodolfo Walsh como jurados.

*Sobre la tierra*, Pomaire, Barcelona, 1979. Fue llevada al cine en 1998 por Nicolás Sarquís.

*Recordando en el viento*, Editorial Celtia, Buenos Aires, 1983.

*El bumerang vuelve al cazador*, Espacio Hudson, Comodoro Rivadavia, Chubut, 2017. Seleccionada entre las once finalistas del Premio Heralde de novela 2014, convocado por Editorial Anagrama y al que se presentaron casi 1.500 novelas de España y de América.

### Cuentos

*Con otro sol*, Corregidor, Buenos Aires, 1976. En 1974, con el título *Antes de que amanezca*, obtiene el premio *La Nación*, integrando el jurado Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Eduardo Mallea.

*Escrituras*, Espacio Hudson, Comodoro Rivadavia, Chubut, 2011.

*Con otro sol y más cuentos*, Caballo Negro Editora, Córdoba, 2018.